



Puntos de vista

698830

Nerudaciones

por Jorge E. Paniagua

Si, reconozco haber abusado de la ficción, imaginándole más de alguna vez con su incansable y gangosa voz del sur; charlando de coníferas, abeduleos, de remotos e inescisibles parajes que descubriera como viajero inmóvil. Le he imaginado de mil formas; pero siempre afincado en la salvaje noche, plagándola de ignota poesía, redescubriendo sus misterios.

Otras, espero y desespero por verle aparecer abruptamente de uno de sus poemas. De tanto leerle y releerle he aprendido a distinguir a sus más valiosos amigos. Ya casi siento la estentórea risa de Miguel Hernández, el de Orihuela; encaramándose, trepando por sobre los muros, alcanzando alturas nunca holladas por risa alguna.

Contaba Pablo que la mejor risa hispana pertenecía a Rafael Alberti y el venezolano Miguel Otero Silva reinaba entre las risas de América (como desgarras el no haberles conocido). Sin embargo, la risa de Neruda la he escuchado innumerables veces, mientras navegábamos por caudaloso vino, abriéndose camino cuál

cascada de macizos robles. Su límpido cielo (porque su altura de poeta le permitía poseerlo), se estremecía con su risa (o quizás, en mi imaginación, era más que una risa; era una América morena que reía).

Neruda... Neruda ¡Qué grandiosa figura para la poesía universal! Con un puñado de poetas como Neruda, Whitman y César Vallejo, habríamos pintado un nuevo mundo de metáforas, pan y esperanza.

En ocasiones, los versos nerudianos restallan en múltiple rocío de lágrimas y dolor, como en su "Walking Around", en donde leemos: "No quiero para mí tantas desgracias/ No quiero continuar de raíz y de tumba/ de subterráneo solo, de bodega con muertos/ Aterido, muriéndome de pena". La angustia de la desintegración del mundo real se hace llaga en el poeta.

En un viejo anaquel, fiel compañero de juventud, descansa su aliento. Allí están su "Crepusculario", sus "Veinte poemas de amor...", "Los versos del capitán", entre mis más queridos libros.

En casa de un amigo he tropezado con el canto de un Paco Ibáñez, que ha musicalizado sus poemas en forma magistral, logrando transmitir la telúrica fuerza de éstos.

Los insondables misterios del destino quisieron llamar Chile a este rincón del mundo; y en una región poblada de humedad, de rálces, de pájaros y de especies vegetales, inventar a este Neruda para cantarle.

La noche, que a veces revela sus secretos, me cuenta que su presencia se pasea por los andurriales de la joven América y también por la vieja Europa. En uno de sus ojos se refleja el fuego de su poesía, en el otro, una bandera tricolor en el viento desplegada.

Cuando muchacho, emprendí la tarea de tallar, en un noble trozo de madera, el rostro de Neruda. Aquel tallado, predestinado a servir de regalo a un entrañable amigo, se extravió en algún recodo. Guardo la secreta esperanza de que el tiempo, que une o separa, nos reúna a Neruda, a mi amigo Luis Gustavo González y a mi inacabado tallado...

La bitella de Orica, Orica, 29-III-1983 p. 2. LA EST

Nerudaciones [artículo] Jorge E. Paniagua.

Libros y documentos

AUTORÍA

Paniagua, Jorge E.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1983

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nerudaciones [artículo] Jorge E. Paniagua. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile